

LA IDENTIDAD DE LOS PUEBLOS INDIOS DE MÉXICO: UN PROCESO INACABADO Y CONTRADICTORIO

Derrotados por la conquista, "evangelizados" y sometidos al vasallaje de la corona española durante tres siglos, declarados "inexistentes" por el liberalismo decimonónico y despojados de sus tierras comunales, por lo que se volvieron agraristas en la revolución de 1910, y oprimidos por el paternalismo indigenista contemporáneo, al despuntar el siglo XXI, ¿qué son hoy los pueblos indios de México?

Carlos Montemayor analiza en estas páginas el complejo proceso de invención y formulación de ideas contradictorias sobre los pueblos indígenas que se ha dado desde la conquista hasta nuestros días, tanto en Europa como en México, y que tienen como eje la resistencia al dominio de la corona española y del estado mexicano.

Montemayor explica que quizás "no estamos preparados para saber qué no es indígena o qué sigue siendo indígena. La cultura es un entramado complejo que va abarcando idiomas, valores políticos, alimentación, parentesco, formas de ver el mundo. Los que no somos indios hemos hablado siempre de los indios, hemos tratado de decir qué son, cómo son, qué piensan... No sabemos todavía en qué medida la espiritualidad indígena ha estado ganando terreno con el paso del tiempo, en lugar de estarlo perdiendo".

CARLOS MONTEMAYOR (Paral, 1947) es autor de una reconocida obra narrativa, poética y ensayística. Es miembro de número de la Academia mexicana de la lengua y correspondiente de la Real academia española, y un notable traductor de lenguas occidentales e indígenas. Es autor, entre otras, de las novelas *Mal de piedra* (1981; Planeta, 1999), *Minas del retorno* (1982; Planeta, 2000), *GUERRA EN EL PARAISO* (1991; Seix Barral, 1997), y *Los informes secretos* (Joaquín Mortiz, 1999); y de los ensayos *Chiapas, la rebelión indígena de México* (Joaquín Mortiz, 1996; nueva edición actualizada, 1998), *Rehacer la historia* (Planeta, 2000); así como de su traducción directa del latín de *Carmina Burana* (Planeta, 2000).

12 013 001



9 789706 901668

Carlos Montemayor

LOS PUEBLOS INDIOS DE MÉXICO HOY

Carlos Montemayor LOS PUEBLOS INDIOS DE MÉXICO HOY

Nota introductoria

En 1957, Edmundo O'Gorman explicó que el proceso de reformulación de las ideas del mundo que comenzó a partir del llamado, con cierta simpleza, "descubrimiento" de América, fue en realidad el proceso de la *invención* de América. Esta invención no sólo se desarrolló en Europa del siglo xv al siglo xvii. Podemos afirmar que sigue diversificándose incluso en nuestros días por diversas vertientes: por ejemplo, en el pensamiento económico europeo, en la evolución de la idea que de sí misma ha ido teniendo América desde las perspectivas anglosajonas e iberoamericanas, y en los diversos cambios de la idea del mundo a partir de los pobladores originarios del nuevo continente.

El presente libro se propone analizar sólo una parte de estas vertientes: el complejo y constante proceso no sólo de descubrimiento, sino también de invención, de reformulación de ideas contradictorias y a veces polémicas sobre la naturaleza de los pueblos indígenas desde el siglo xv hasta los inicios del siglo xxi. Este proceso no logra aún solucionarse con objetividad. Han concurrido en él prejuicios, políticas educativas o económicas, medidas agrarias y levantamientos armados constantes o

Diseño de portada: Marco Xolio
Fotografía de portada: Gerard Tournobize

© 2000, Carlos Montemayor
Derechos Reservados
© 2001, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Avenida Insurgentes Sur núm. 1162
Colonia del Valle, 03100 México, D.F.

Primera edición en *Obras de Carlos Montemayor*: diciembre del 2000
Primera reimpresión: abril del 2001
ISBN: 970-690-166-3

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

Impreso en los talleres de Impresos y Acabados Marbeth, S.A. de C.V.
Privada de Álamo núm. 35, colonia Arenal, México, D.F.
Impreso y hecho en México - *Printed and made in Mexico*

recurrentes y ha tenido como eje la resistencia de los pueblos indios a los intereses legales o encubiertos de la corona española y del estado mexicano. Ahora, en los umbrales del siglo XXI, quizás es posible ver con más claridad su historia compleja e ininterrumpida.

CARLOS MONTEMAYOR

México, D.F., septiembre de 2000

Nota: la información bibliográfica de las obras citadas a lo largo del texto y en las notas agrupadas en las páginas 141-147, se encuentra en la *Bibliografía* (pp. 149-155).

¿Cómo se veía el mundo antes del descubrimiento de América?

Cuando Cristóbal Colón emprendió desde el puerto de Palos la travesía oceánica del año de 1492, los europeos pensaban que las tierras de Europa, el norte de África y Asia eran la totalidad del mundo. Un cuarto continente y otro vasto océano como el que llamamos ahora Pacífico eran inimaginables en ese momento. Cristóbal Colón se propuso descubrir las rutas marítimas hacia el Japón, China y la península más extrema de Asia, tras la cual esperaba encontrar el paso al mar Índico y creyó que, efectivamente, había llegado al extremo oriente de Asia, a tierras situadas "más allá del río Ganges", a la península asiática que en 1489 el cartógrafo Henricus Martellus había denominado *India Oriental*. El "descubrimiento de América" nace de esta confusión. Digo "confusión" cuando en realidad debemos hablar de la visión científica de aquellos siglos. Imaginar que se trataba de una tierra diferente exigía un ejercicio mayor de inventiva: reformular la idea del mundo.

¿Cómo, pues, el viaje al Asia de Cristóbal Colón de 1492 se convirtió en "el descubrimiento de América"? Las convicciones de Cristóbal Colón fueron incommovibles, no así las de muchos de sus contemporáneos. Las expediciones de Américo Vespu-

cio en 1501, de Vasco Núñez de Balboa en 1513 y de Fernando de Magallanes en 1520 son una parte relevante de un amplio proceso de expediciones, avanzadas, conquistas y reconocimientos territoriales y marítimos que darían como resultado la certidumbre de que las después llamadas Indias Occidentales no eran tierras indias ni asiáticas, sino otro territorio desconocido por la ciencia y la historia europeas.

Gonzalo Fernández de Oviedo fue uno de los primeros en formular esta idea. Afirmó que como no estaba aún *descubierta* toda la tierra de la Nueva España

no se sabe si es mar ni tierra en el fin, o si está toda por allí rodeada del mar Océano, lo cual yo más creo; e mi opinión e de otros, hasta ahora más sospecha me da que no es parte de Asia, ni se junta con la que Asia llamaron los antiguos cosmógrafos. Antes se tiene por más cierto que la Tierra Firme destas Indias es una otra mitad del mundo, tan grande o por ventura mayor que Asia, África y Europa; e que toda la tierra del universo está dividida en dos partes... y desta manera tuvo razón Pedro Mártir de llamarlo Mundo Nuevo, conforme a la noticia o razón que dieron los antiguos, e por lo que ahora parece que ignoraron ellos e vemos nosotros.¹

Con las nuevas exploraciones y conquistas, decíamos, se fue consolidando la idea de que no se trataba de una península extrema del continente asiático, sino de otra tierra. Se le llamó en distintos momentos *Nuevo Mundo*, *Indias Occidentales* y *América*. La cartografía de los siglos XV y XVI muestra

que América no fue descubierta de pronto, sino imaginada y reconocida gradualmente, en un largo y complejo proceso.

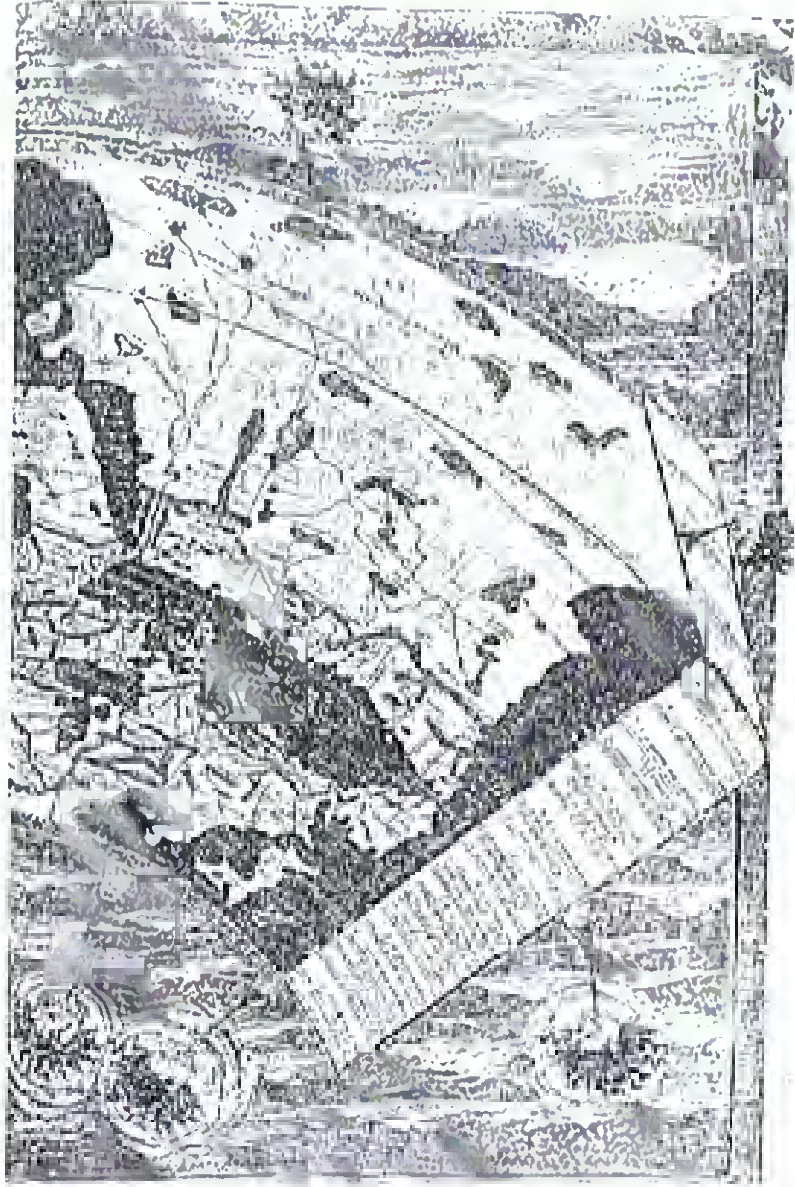
Veamos, primero, un *mapamundi* de 1460. El cartógrafo seguía sujeto a los datos establecidos desde el siglo II a.C. por el geógrafo griego Tolomeo. Observemos que América y el sur de África eran desconocidos. También, que los mares que bañaban esa tierra eran el Índico, el Mediterráneo y el Atlántico.

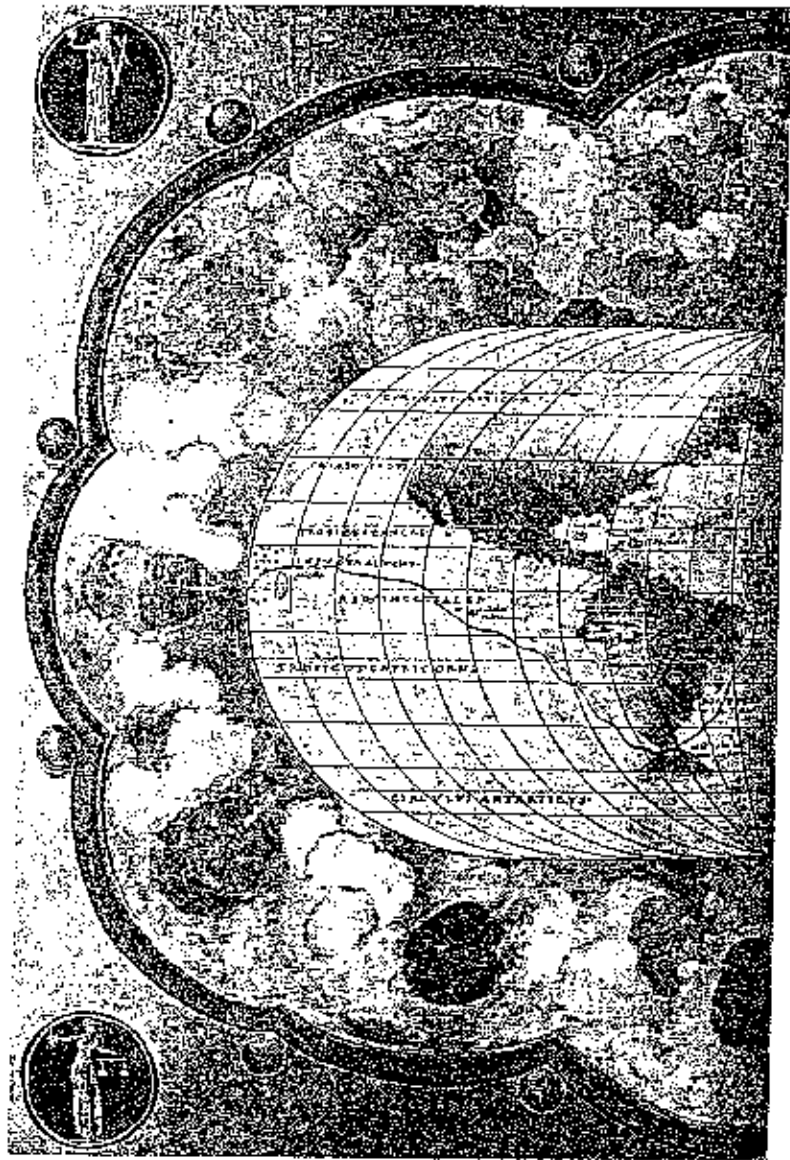
Pasemos ahora al mapa de Toscanelli, que muestra un importante cambio en la imagen de la tierra. Ante todo, el mapa es ahora, por vez primera, algo semejante a un globo terráqueo notablemente achatado de los polos. El mapa deja en claro que Asia y Europa están separadas por el océano Atlántico. Por tanto, al efectuar esa travesía oceánica se arribaría a las costas asiáticas. Además, notemos que la isla de *Zipango* o Japón está situada a la "altura" donde se "descubriría" América. En 1474 Toscanelli envió a Cristóbal Colón este mapa, que fue decisivo para que el Almirante emprendiera su hazaña.² El hijo de Cristóbal Colón, don Fernando Colón, dirá por ello, muerto ya su padre, que la confusión de las nuevas tierras con las costas asiáticas fue del cartógrafo Toscanelli y no del Almirante. El mapa muestra una abundancia de islas que también podrían ser confundidas con las de las *Indias Occidentales*.

En 1507, el cartógrafo Martin Waldseemüller efectuó un célebre cambio al *mapamundi* que publicaron con las cartas de Américo Vespucio los religiosos de Saint Dié, de Lorena. Veamos que el globo terráqueo de Waldseemüller muestra ahora, entre Europa y Asia, un nuevo territorio alargado que identifica

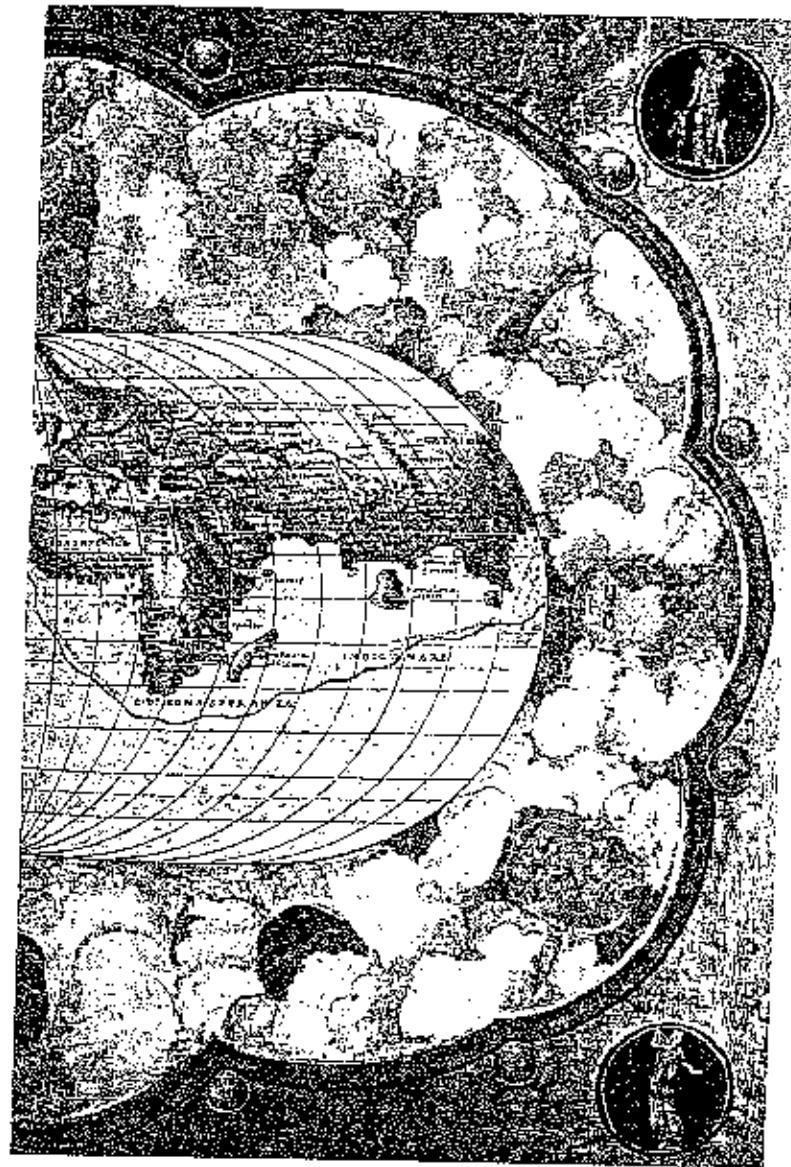


Mapamundi iluminado que data de 1460. Los europeos usaban todavía los mapas dibujados por Tolomeo, el geógrafo griego del siglo II a.C.





Este mapa, con los contornos dorados, perteneció al emperador Carlos V. Traza el itinerario de Magallanes y fue realizado hacia 1545 por Battiste Agnese.



como *América* en honor de Américo Vespucio. Dos nuevos océanos contiene el mapa en las zonas que ahora corresponden al océano Pacífico: el "océano occidental", situado al sur del territorio alargado que el mapa identifica como "América", y el "océano oriental", situado entre *Zipango* y las costas septentrionales de Asia. Este mapa es muy útil para entender que la primera cartografía de América no se parece a su geografía continental, pues debía atravesar por un largo proceso de cambios creativos. En su primera aparición, por ejemplo, la "idea" de América no contenía ninguna alusión a los territorios que actualmente corresponden a México, Estados Unidos y Canadá y tan sólo recuerda lejanamente una estrecha e incompleta franja del contorno occidental de los territorios que ahora son Brasil y Argentina.

La "idea" del mundo tuvo un importante cambio después de la circunnavegación de Fernando de Magallanes. Hacia el año de 1545, un *mapamundi* elaborado por Battista Agnese y que perteneció al emperador Carlos V muestra la ruta seguida por Magallanes y una nueva imagen más cercana a la cartografía contemporánea. Aunque el contorno del continente americano es soberbiamente superior al "imaginado" por Waldseemüller, aún los territorios del norte y del sur no aparecen claramente delimitados. Faltaban más expediciones y exploraciones de costas y de tierra firme para completar la imagen de América y concluir con el proceso de su descubrimiento en el nivel geográfico que se extendió, al menos, hasta el año de 1728, cuando el capitán danés Vitus Behring franqueaba al norte de Alaska el estrecho que hoy lleva su nombre.

¿Qué fue verdaderamente el descubrimiento de América?

Solemos emplear la expresión *descubrimiento de América* como un hecho histórico definido: la proeza de navegación de Cristóbal Colón. Después de acercarnos a la evolución cartográfica del continente americano podríamos sugerir que tanto su hazaña de navegación como el reconocimiento de los nuevos territorios participan de un proceso más amplio en el que Colón intervino sin darse cuenta de manera plena. Gran parte del *descubrimiento de América* propiamente dicho comenzó después de él. En otros momentos del siglo xx se le llamó a este proceso *encuentro de dos mundos*. En otro, acaso con mayor exactitud, la *invención de América*. El concepto *invención* está más cerca del complejo proceso que empezó a modificar el mundo a partir del reconocimiento de la entidad geográfica y política que hoy llamamos continente americano.

En los años cincuenta del siglo xx aparecieron dos libros significativos para entender con amplitud ese proceso de cambio filosófico y geográfico. La primera obra fue publicada por Antonello Gerbi en el año de 1955, en Milán, Italia, con el título *La disputa del Nuovo Mondo. Storia di una polemica 1750-1900*. Tres años más tarde, en 1958, Edmundo O'Gorman

América. En ese momento, cuando parecían predominar en el campo los doce volúmenes de la obra monumental de Pierre y Huguette Chaunu, *Séville et l'Atlantique*, era difícil imaginar que los estudios históricos pudieran tener algún sentido más allá de las estadísticas y las series numéricas. Edmundo O'Gorman analizó las fuentes de la época del llamado descubrimiento de América desde una perspectiva histórica y filosófica y rastreó la emergencia del concepto homogéneo que comenzó a forjar la noción del continente que hoy conocemos todos con el nombre de América.

Los libros de Antonello Gerbi y de Edmundo O'Gorman constituyen el fundamento de una línea de investigación histórica que desde los años setenta se amplió con la obra de historiadores, antropólogos, etnólogos e incluso novelistas que dejarían de creer ingenuamente en "el descubrimiento de América" como un hecho simple y comenzarían a entenderlo como un complejo proceso de reinención y redefinición de muchas categorías históricas y políticas.

El reconocimiento de los nuevos territorios no fue ni podía haber sido un hecho simple. Se requirió un prolongado esfuerzo científico y social para reconocer, primero, que el mundo no era realmente como Europa lo había pensado durante muchos siglos. Asumir una nueva idea del mundo exigía redefinir muchos aspectos religiosos y políticos no sólo de la historia remota, sino del presente concreto del siglo xv y del siglo xvi. En aquel presente complejo era necesario crear otra imagen del mundo,

inventar un nuevo espacio geográfico y político que modificaría los conceptos mismos de humanidad.

La nueva geografía del mundo iba más allá de las jornadas de navegación y de las ediciones de cartógrafos. Era además el proceso de aceptaciones o rechazos de otros posibles sentidos de los nuevos territorios. La contribución más importante del mexicano Edmundo O'Gorman a la historiografía de América radica posiblemente en este punto. ¿Por qué América no fue asumida sólo como otro continente? ¿Por qué el primer sentido histórico de América es un "descubrimiento"? La idea misma del descubrimiento no está suponiendo en realidad un suceso histórico que se agote en el encuentro de otro territorio; está suponiendo el proceso de redefinición que convirtió al mundo entero, a partir de América, en un mundo diferente. Es decir, el descubrimiento no significa tanto un accidente histórico del continente americano, sino un proceso de cambio político y científico de Europa misma: la Europa que reconoce a América entre el siglo xv y el siglo xvi descubrió en sí misma la capacidad de ampliar el mundo. Por ello, América fue, según las palabras de O'Gorman, "la instancia que hizo posible, en el seno de la Cultura de Occidente, la extensión de la imagen del mundo a toda la tierra y la del concepto de historia universal a toda la humanidad".³

El proceso no fue breve ni sencillo. En un momento, América era un inmenso territorio apropiable y explotable. En otro, era la revelación más importante que la humanidad había recibido de la Divina Providencia. Para Bartolomé de las Casas, la

... en su vida de que realizaba una obra que lo desbordaba infinitamente. Francisco López de Gómara explicó que "la mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo crió, es el descubrimiento de Indias".⁴ Para López de Gómara el papel de los españoles era también emblemático de la visión religiosa de esos tiempos: "comenzaron las conquistas de indios acabada la de moros, porque siempre guerreasen españoles contra infieles".⁵ Debemos recordar que el mismo año en que Cristóbal Colón emprendió su travesía oceánica, en 1492, terminaron las luchas de reconquista en España con la caída de Granada, último reducto de la ocupación árabe. La coincidencia de fechas causó fuerte efecto en la conformación cultural de la Nueva España, donde pronto la danza de Moros y Cristianos dejó de ser un patrimonio español y se convirtió en una poderosa manifestación cultural indígena: la danza ya no expresó los hechos de las armas de la reconquista contra los moros, sino de la conquista de los pueblos indios.

En otro momento, América fue la tierra de liberación y promesa, el encuentro con una nueva Europa o una nueva Jerusalén. Este punto será significativo en muchos sentidos. Por ejemplo, para los protestantes holandeses y sajones, un retorno a los más puros valores del cristianismo primitivo. Para la Nueva España, a partir del apogeo de la España imperial de esos años, la oportunidad de crear una nueva sociedad a partir de los ideales y utopías del humanismo. El pensamiento de Erasmo orientó las políticas de evangelización de Fray Juan de Zumá-

traga, primer arzobispo de México. Vasco de Quiroga se inspiró en el pensamiento filosófico de Tomás Moro. Antonio de Nebrija fue fundamental en el pensamiento de Fray Julián de Garcés como Luis Vives lo fue en el de Cervantes de Salazar. Son suficientes indicadores de que se iniciaba la vida en la Nueva España con el esplendor del renacimiento. No es poca la herencia cultural de esos primeros días.

Pero también América concentró otros sueños europeos: el paraíso terrenal, la fuente de la juventud en Florida, el Dorado, la isla de las amazonas y las siete ciudades de Cibola y Quivira, prodigiosas regiones de oro y turquesas.

De los primeros años de la segunda veintena del siglo XVI proviene una *noticia* que nos permite ver, como entre una apretada neblina o en un sueño, los contornos de la Gran Tenochtitlan, nombre que el autor anónimo tradujo como Gran Venecia. Al autor le sorprende que con la moneda también hicieran vino: esto es, con el cacao. Torres y puentes levadizos quisieron acrear esas nuevas visiones con el ordenamiento arquitectónico de Europa. Veamos este pasaje, más imaginario que real:

Hay un lago que tiene cincuenta leguas de circunferencia. En el centro del mismo lago hay una gran ciudad. A la ciudad llaman los cristianos Gran Venecia. Tiene cinco puertas y cada puerta tiene un puente hasta en la tierra firme; y en los mismos cinco puentes hay muchos puentes levadizos con sus torres, con lo cual la ciudad no puede ser tomada. Alrededor de dicho lago hay muchas grandes ciudades, con gente fuerte. Las casas son en su parte superior de manera que

quedaran "incluidas como elemento constitutivo del ser del Nuevo Mundo". En otras palabras, el *indio americano* fue sobre todo una *invención* de los europeos, más que un *descubrimiento*. De ahí las condiciones políticas, jurídicas y religiosas en que se extendió la polémica laboriosa y desgastante sobre la naturaleza humana o inhumana del indio.

La palabra desarrolló muy pronto otras dimensiones sociales y políticas. A partir de la conquista se convirtió en el nombre del habitante que *antes* y *siempre* había vivido en este continente porque el concepto no provenía del sujeto mismo a quien se aplicaba, sino de la sociedad que lo conquistaba. El *indio* del continente americano ingresó en la nueva invención europea del mundo con un nombre que no le pertenecía y como un ser negado en su especificidad social y humana. Para el europeo, *indio* era "el otro", el que resentía el embate de la conquista y de la acción colonial.

La palabra no apareció en los diccionarios europeos de 1492 a 1581. A partir de 1600, cuando se le recoge formalmente en diccionarios, la palabra comenzó a formar parte de inmediato de una constelación de términos que forjaron claramente la *opinión* europea sobre estos pueblos: *bárbaro*, *cruel*, *grosero*, *inhumano*, *aborigen*, *antropófago*, *natural* y *salvaje*. El primer *Diccionario de la real academia española*, publicado entre 1726 y 1736, agregó otro estereotipo, el de *tonto* y *crédulo*, al explicar así la expresión *¿Somos indios?*: "con alusión a los indios que se tienen por bárbaros o fáciles de persuadir". Todavía a principios del siglo XXI el *Diccionario de la real academia española* seguía conservando la expresión y la expli-

caba diciendo que "reconviene a uno cuando quiere engañar o cree no le entienden lo que dice".

La culminación del sentido de *indio* como *antropófago* y *salvaje* se cumplió en el siglo XVIII. Tres diccionarios franceses son particularmente ilustrativos a este respecto. Así ocurre en el *Dictionnaire Universel, Géographique et Historique* de Thomas Corneille en 1708, en el *Dictionnaire Universel* de Antoine Furetière de ese mismo año y en *Le Grand Dictionnaire Géographique et Critique* de Bruzen de la Martinière, publicado entre 1726 y 1739.⁸

En 1798, el *Dictionnaire de l'Académie Française* introdujo otro vocablo de raigambre clásica y lo unió a los destinos de la palabra *indio*: *indígena*. Empleada por grandes autores latinos como Virgilio, Ovidio, Tito Livio y Plinio, la voz proviene de dos partículas arcaicas del latín: *indu* (que significaba *en*) y *geno* (que significaba *engendrar*, *producir*). Virgilio y Tito Livio llamaban *indígena* al pueblo latino, al pueblo originario del antiguo *Lacio*, para distinguirlo de los advenedizos, los que habían nacido fuera, en otro lugar. El *Dictionnaire de l'Académie Française* formuló en 1798 por vez primera y con gran fortuna la expresión *Les Indigènes de l'Amérique* (*Los indígenas de América*). Desde entonces, y particularmente a partir del siglo XIX, la voz *indígena* permitió generar otras voces importantes para los numerosos países de América: por ejemplo, *indigenismo* e *indigenistas*.

Esta palabra es susceptible de un empleo más universal. *Indígenas* son los que nacen en una región, o los pueblos originarios de una región específica. Casi dos siglos después de su aplicación inicial a los pue-

Ante los "indios": ¿juicio o prejuicio?

En las primeras páginas de su *Historia Antigua de México*, en el siglo XVIII, Francisco Xavier Clavijero apuntó lo siguiente sobre los pobladores originales de México:

Las naciones que ocupaban estas tierras antes de los españoles, aunque muy diferentes entre sí en su lenguaje y parte también en sus costumbres, eran casi de un mismo carácter. La constitución física y moral de los mexicanos, su genio y sus inclinaciones, eran las mismas de los acolhuas, los tlaxcaltecas, los tepanecas y las demás naciones, sin otra diferencia que la que produce la diferente educación. Y así, lo que dijere de unos quiero que se entienda de los demás. Varios autores, así antiguos como modernos, han emprendido el retrato de estas naciones; pero entre tantos no se ha hallado uno que sea exacto y en todo fiel. La pasión y los prejuicios en unos autores, y la falta de conocimiento o de reflexión en otros, les han hecho emplear diversos colores de los que debieran. Lo que yo diré va fundado sobre un serio y prolijo estudio de su historia y sobre el íntimo trato de los mexicanos por muchos años.⁹

En este momento, debemos aclararlo, *mexicanos* en Clavijero significaba los *indios*, no los mestizos ni criollos que desde el siglo XIX se identifican como mexicanos. Agregaba Clavijero:

Por otra parte, no reconozco en mí cosa alguna que pueda preocuparme en favor o en contra de ellos. Ni la razón de compatriota inclina mi discernimiento en su favor; ni el amor de mi nación o el celo del honor de mis nacionales me empeña a condenarlos; y así diré franca y sinceramente lo bueno y lo malo que en ellos he conocido... Sus almas son en lo radical como las de los demás hombres, y están dotados de las mismas facultades. Jamás han hecho menos honor a su razón los europeos, que cuando dudaron de la racionalidad de los mexicanos. La organización social que vieron los españoles en México, muy superior a la que hallaron los fenicios y cartagineses en nuestra España, y los romanos en las Galias y en la Gran Bretaña, debía bastar para que jamás se excitare semejante duda en un entendimiento humano, si no hubieran contribuido a promoverla ciertos intereses injuriosos a la humanidad. Sus entendimientos son capaces de todas las ciencias, como lo ha demostrado la experiencia. Entre los pocos mexicanos que se han dedicado al estudio de las letras, por estar el común de la nación empleado en los trabajos públicos y privados, hemos conocido hábiles geómetras, excelentes arquitectos, doctos teólogos y buenos filósofos, y tan buenos (hablo de la Filosofía Árabe que se enseñaba en nuestras escuelas) que en concurso de muchos hábiles criollos llevaron el primer lugar...²⁵

¿Por qué los cartagineses y los fenicios no pusieron en tela de juicio la naturaleza racional de los pueblos ibéricos que vivían en la barbarie? ¿Por qué tampoco los romanos cuestionaron la naturaleza racional de los galos y anglosajones, carentes de civilización política y de ciencia? Acaso porque la cultura de los cartagineses y fenicios y la cultura de los romanos era superior, en términos humanos, a la de los españoles, sajones y holandeses que arribaron como "descubridores" a América. No por la excelencia de la organización política, desarrollo científico o esplendor arquitectónico de esos pueblos bárbaros, puesto que carecían de ello. ¿Por qué la gran cultura y civilización de los pueblos antiguos de México no fue más respetada y encomiada que la condición primitiva de los pueblos europeos "descubiertos" por fenicios y romanos?

La existencia de dos virreinos, el de la Nueva España y el de Perú, por ejemplo, no se debió a la eficacia de una organización europea que se hubiera aplicado exitosamente en el nuevo continente, sino a la existencia de una organización política indígena previa. Los mexicas y los incas son la explicación esencial: su desarrollo, su fuerza política. En México y en Perú encontraron los españoles imperios suficientemente poderosos y bien organizados; a partir de ellos, a partir de esas grandes civilizaciones, los conquistadores pudieron manejar, en forma centralizada, tan vastos territorios y tan numerosa población.

Su organización social se manifiesta en el desarrollo de otras disciplinas como la arquitectura y, particularmente, la ciencia. Además de su conoci-

miento perfecto de la órbita del planeta Venus, los mayas establecieron un calendario más exacto que el usado por la población mundial en el siglo XXI: con un error de ocho décimas de día cada 481 años, o de un día cada seis mil años. Puesto que las regiones mayas se caracterizan por la frecuente neblina y las largas estaciones de lluvias que provocan una abundante nubosidad en el cielo, esta precisión astronómica sólo puede explicarse por una gran coordinación de investigadores y observadores astronómicos situados en amplias y diversas zonas. Muchas generaciones de científicos se habrán necesitado, después de numerosas épocas, para llegar a esa exactitud de cálculos.

La evolución y cultivo de la escritura en Mesoamérica fue también notable. La abundancia de las lenguas (más de doscientas al arribo de los españoles; apenas sesenta, al iniciarse el siglo XXI) persuadió a los antiguos pueblos de México a utilizar una escritura no fonética, que sería forzosamente regional; sino ideográfica, que podría ser universal. Esta escritura sufrió el embate de la conquista en múltiples formas, ya con la destrucción material de libros, ya con la imposición del alfabeto latino para escribir en sus lenguas, ya, finalmente, con la eliminación física y cultural de la intelectualidad indígena. Uno de los más tristemente célebres episodios de destrucción de libros lo protagonizó Fray Diego de Landa en el año 1562 en la ciudad de Maní (Yucatán). Su celo religioso lo llevó a efectuar el primer auto inquisitorial sin autorización aún del poder eclesiástico; arrojó a las llamas cuanto libro de los mayas pudo recolectar e incluso cada-

veras de dirigentes políticos y religiosos indígenas que ordenó desenterrar para amedrentar a esos pueblos.¹¹

Por este destructor de libros prehispánicos, Fray Diego de Landa, sabemos que antes de la llegada de los españoles, entre los mayas de Yucatán

las ciencias que enseñaban eran la cuenta de los años, meses y días, las fiestas y ceremonias, la administración de sus sacramentos, los días y tiempos fatales, sus maneras de adivinar, remedios para los males, las antigüedades, leer y escribir con sus propias letras y caracteres en los cuales escribían con figuras que representaban las escrituras... Escribían sus libros en una hoja larga doblada con pliegues que se ventaban a cerrar todos entre dos tablas que hacían muy galanas, y que escribían de una parte y de otra a columnas, según los pliegues; y que este papel lo hacían de las raíces de un árbol y que le daban un lustre blanco en que se podía escribir bien, y que algunos señores principales sabían de estas ciencias por curiosidad, y que estos eran más estimados aunque no las usaban en público.¹²

Bernal Díaz del Castillo afirma que en un pueblo situado en el territorio del actual estado de Veracruz y en aquel tiempo sujeto al poder de Cempoala encontraron en un templo "muchos libros de papel, cogidos a dobleces, como a manera de paños de Castilla".¹³ Acerca de ellos Pedro Mártir se refirió diciendo que los

caracteres de que usan son muy diferentes de los nuestros y consisten en dados, ganchos, lazos, líneas y otros

objetos dispuestos en línea como entre nosotros y casi semejantes a la escritura egipcia. Entre las líneas dibujan figuras de hombres y animales, sobre todo de reyes y magnates, por lo que es de creer que en esos escritos se contienen las gestas de los antepasados de cada rey, y a la manera que los impresores actuales sueñen muchas veces, para estímulo de compradores, intercalar en las historias generales, e incluso en los libros de entretenimiento, láminas representativas de los protagonistas... También disponen con mucho arte las tapas de madera. Sus libros, cuando están cerrados, son como los nuestros, y contienen, según se cree, sus leyes, el orden de sus sacrificios y ceremonias, sus cuentas, anotaciones astronómicas y los modos y tiempos para sembrar.¹⁴

Como sugiere J. Eric S. Thompson, estos libros en *papel* eran mayas.¹⁵ Los nahuas, los mixtecos y los zapotecos contaban también con libros en piel de venado en distintos formatos. Otros documentos escriturarios fueron las estelas y, en general, las inscripciones talladas en piedras o lechos rocosos de ríos. A estos testimonios esculpidos debemos la noticia, por ejemplo, de que antes del año 400 a.C. habían aparecido ya algunos rasgos de la escritura maya, el uso numérico de barras y puntos y varios elementos glíficos con asociaciones astronómicas definidos ya entre olmecas y mayas como el signo *U* para la luna, el *kin* para el sol, *lamat* para las estrellas y el motivo de barras cruzadas para el cruce de la Vía Láctea con la eclíptica. Los glifos de algunas estelas de Monte Albán I son más antiguos aún, pues datan del siglo VII a.C.



Fragmento del códice de Dresde.

Sin este pasado de la escritura mesoamericana hubiera sido inexplicable la respuesta inmediata indígena en el aprendizaje de la escritura alfabética en escuelas que diversas órdenes religiosas establecieron en México, Oaxaca y Yucatán. A principios del año 1547, por ejemplo, Fray Luis de Villalpano persuadió al adelantado Montejo para que todos los jefes mayas de Yucatán que lo desearan pudiesen enviar a sus hijos a una escuela del monasterio para que aprendieran a leer y escribir. La respuesta fue inmediata: más de mil niños acudieron a esa primera escuela, que dirigió Fray Juan de Herrera. De ahí surgieron maestros que a su vez formaron a otros grupos de indígenas en pueblos de Yucatán que contaban con monasterios o visitas. Molina Solís señala entre los pueblos más aventajados a Camkal, Maní, Izamal, Cancenote, Tihosuco, Cochuah, Chikinconot, Tikuch, Ichmul, Xocen y Yalcón, y menciona como letrados indígenas notables por su elocuencia a Francisco Eván, del pueblo de Comcel, que en el monasterio de San Francisco, y con más de cincuenta años de edad, aprendió a leer y escribir y "toda la doctrina y moral cristiana"; a Nakuk Pech, autor de la crónica de Chicxulub en 1562, y a Gaspar Antonio Xiu, nieto del jefe Tukul Xiu de Maní, que escribía en español, maya y latín, y a quien el ayuntamiento de Mérida le encomendó redactar, en compañía de Martín de Palomar, la relación que se dirigió al rey en 1597. Molina Solís aclara que desde luego

no había pueblo de indios en donde no existiese cierto número de ellos que supiese leer y escribir y que

pudiese redactar no solamente cartas, sino documentos, y aun algunas crónicas: los caciques, alcaldes y regidores por necesidad debían saber leer y escribir, y como estos últimos no podían ser reelectos, forzosamente había que contar en cada pueblo con cierto número de individuos que supiesen leer y escribir.¹⁶

La conquista no se redujo a las armas; entró en lo profundo de la cultura. Con la educación elemental y la castellanización se propusieron hacer más dóciles a estos pueblos y provocarles la admiración por la cultura española. Pero como el desarrollo de los indios se vio frenado en muchos aspectos del orden social y económico, podríamos afirmar que en el fondo la educación sólo se propuso someterlos culturalmente. La experiencia del Colegio de Santiago Tlatelolco, abierto por los franciscanos en 1536, es ilustrativa. Antes de la fundación del Colegio el presidente de la Audiencia de México, don Sebastián Ramírez de Fuenteleal, había pedido a la Orden de San Francisco que enseñara latín a los indios y el resultado fue que los estudiantes se mostraron tan hábiles y capaces que aventajaban a los españoles. El Colegio se propuso preparar a jóvenes indios para el ingreso en el rango eclesiástico. Setenta alumnos estudiaron música, latín, retórica, lógica, filosofía y medicina indígena. Sahagún refirió que

los españoles y otros religiosos que supieron esto, reíanse mucho y hacían burla, teniendo por muy averiguado que nadie se haría poderoso para poder enseñar gramática a gente tan inhábil... Como vieron

esto por experiencia los españoles seculares y eclesiásticos espantáronse mucho de cómo aquello se pudo hacer.¹⁷

Ya por el recelo de que los indios ingresaran en el ministerio eclesiástico, ya por la resistencia que opuso la sociedad colonial a la elevación eclesiástica de jóvenes indios, el propósito del Colegio se frustró. Por ello, además, la iglesia mexicana fue europea y criolla y, en último término, mestiza, pero no india, hecho al que regresaremos después.

Sorprende el talento de los frailes españoles del siglo XVI que en pocos años lograron aprender varias lenguas indígenas del nuevo mundo y preparar gramáticas, vocabularios, aplicar alfabetos prácticos y escribir numerosos cantos, dramas, rezos, catecismos. Un trabajo portentoso, es cierto, sobre todo si añadimos su labor educativa durante varios años entre la aristocracia indígena. Pero esta erudición propició que los numerosos escribas indios quedaran a la sombra de sus patrones civiles o religiosos como informantes y que la escritura en las lenguas indígenas no estuviera precisamente al servicio de las lenguas, sino al de la religión de los conquistadores. No es impropio decir que la escritura alfabética de las lenguas indígenas pronto se convirtió en un instrumento de control cultural.

El dominio de las lenguas indígenas que alcanzaron los frailes españoles del siglo XVI sólo es comparable con otro despliegue de lingüistas del siglo XX, también religiosos: el Instituto lingüístico de verano, que desarrolló un estudio admirable y minucioso de muchas lenguas para otra vez traducir

en ellas la Biblia de acuerdo con la evangelización protestante. Este instituto produjo gramáticas y cartillas útiles para los programas de alfabetización indígena que el gobierno mexicano alentó desde entonces y que por su orientación final representó otra especie de catequesis "cívica": la castellanización se propuso desaparecer las lenguas indígenas por considerarlas una barrera para la unificación nacional. Es decir, en el siglo XX el conocimiento de la escritura alfabética en lenguas indígenas de nuevo llegó a convertirse en un instrumento de cambio y control cultural.

Pero, como decíamos, la conquista avanzó en otros terrenos. En los inicios de la colonia se prohibió a los pueblos indios seguir cultivando su propia música, su danza y su teatro. Sabemos que los mayas contaron con una importante tradición teatral y que celebraban en sus fiestas representaciones de teatro y danza. Las fiestas patronales de comunidades indígenas a veces contienen hoy representaciones de combates entre distintos ejércitos de actores y danzantes; quizás son las versiones actuales de las populosas obras dramáticas prehispánicas como el *Rabinal Achí* de lengua quiché. El teatro se basaba en la representación colectiva de innumerales temas cosmogónicos, históricos o de la vida cotidiana, donde la danza y la música eran elementos indisociables.

La música también sufrió cambios, porque se prohibió el uso de los instrumentos tradicionales prehispánicos y se implantaron los instrumentos europeos. En algunas zonas es ahora casi absoluta la utilización de instrumentos de viento, acompa-

ñados de platillos y grandes tambores; en otros se han mezclado el violín y la guitarra con diversas clases de flautas.

En los murales de Bonampak pueden verse algunos instrumentos musicales y a varios actores, en posición quizás de esperar turno en alguna representación, que portan máscaras de pájaros, animales y fauna marina. Por Diego de Landa sabemos que dos edificios de Chichén Itzá, a los que llamó "teatros de cantería", eran utilizados como escenarios para representar "farsas y comedias", uno de ellos quizás ubicado poco antes del patio del juego de pelota, adornado en sus cuatro lados con cráneos humanos esculpidos en piedra.¹⁸ Landa presencié dos importantes danzas, una de ellas, llamada *Colomché* o *Danza de las cañas*, y la otra que ejecutaban más de ochocientos danzantes con banderas, dando largos pasos al son de la música; esta danza duraba todo el día y en el mismo sitio donde bailaban el pueblo llevaba de comer y beber a los ejecutantes.

Las grandes danzas se transformaron con la conquista. Al lado de los autos sacramentales, surgieron los dramas alegóricos, alentados por misioneros. La Pasión y la Crucifixión, por ejemplo, aún se representan cada año en diversas regiones del país; las cruzadas o la reconquista española se transfiguraron en una nueva versión del drama de la conquista: las danzas de moros y cristianos, donde los moros han terminado por identificarse con los pueblos indígenas.

Una de las representaciones más conocidas durante el período colonial fue el *Tun teleche* o danza

del *Tun*. Bárbara Bode¹⁹ cree que una danza de San Pedro Salorna, en Guatemala, guarda relación con ésta y que ha tomado también elementos pertenecientes a la Danza de la conquista. En 1957, en los Altos de Guatemala existían sesenta y tres manuscritos para la Danza de la conquista, como propiedad de las poblaciones indígenas en Mornostenango, San Andrés Xicul y San Cristóbal. En los Altos de Chiapas no se conocen manuscritos de esta naturaleza, pero probablemente existieron en otras épocas. En algunas de esas danzas Cristo mismo figura como danzante. Acaso este arte colectivo de los pueblos indios contiene muchos caminos de resistencia, contiene otras formas de dialogar con las complejas esferas que entienden como su pasado y su presente.

Pero, insistamos, ¿por qué los fenicios, cartagineses y romanos fueron más objetivos al enfrentarse con los pueblos bárbaros ibéricos, galos y sajones que los europeos de los siglos xv y xvi que se enfrentaron con los grandes y civilizados pueblos del continente americano? Quizás los fenicios y los romanos se hallaban más libres del fanatismo religioso. Acaso los fenicios y los romanos actuaron con menor codicia que los europeos del siglo xvi.

La racionalidad o irracionalidad de los indios: ¿una política indigenista?

En fecha muy temprana de la colonia, Fray Julián de Garcés consideró satánico pensar que los indios mexicanos fueran seres irracionales, semejantes a bestias o jumentos, y que no fuera pecado despreciarlos ni matarlos. En su Epístola al pontífice Paulo III apuntó que

...de aquí nace que algunos españoles que van a destruirlos con sus guerras, confiados en el parecer de tales consejeros, suelen tener por opinión que no es pecado despreciarlos, destruirlos, ni matarlos (...) Esta voz realmente, que es de Satanás, atligido de que su culto y honra se destruye, es voz que sale de las avarientas gargantas de los cristianos, cuya codicia es tanta, que, por poder hartar su sed, quieren porfiar que las criaturas racionales hechas a imagen de Dios, son bestias y jumentos, no a otro fin de que los que las tienen a cargo no tengan cuidado de librarlas de las rabiosas manos de su codicia, sino que se las dejen usar en su servicio, conforme a su antojo.²⁰

Si bien esa condena revela su grandeza de espíritu, también revela, simultáneamente, que era común el prejuicio que él atacaba. En efecto, por los *Diá-*

logos de Cervantes de Salazar²¹: sabemos que los colegios, prisiones, orfanatorios y "casuchas" de los indios, que él no alcanzaba a mirar montado a caballo, estaban marcadamente discriminados y separados de la vida española. A Fray Bernardino de Sahagún²² debemos, por otra parte, la explicación de que la religión idólatra hizo del indio un ser degenerado, satánico, para el cual dios encontró el castigo perfecto y su conversión religiosa con un solo instrumento: la conquista. Bestia de carga, podía tratarse al indio igual que a una res y marcarlo en el rostro como parte del ganado de su dueño: si huía a las montañas para defenderse de la marca infamante o de la esclavitud era señal de su barbarie y de su naturaleza salvaje; si se defendía, era una confirmación de sus instintos sanguinarios.

Ya avanzado el siglo XVI, en 1533, el pontífice Paulo III expidió una bula mediante la cual reconoció finalmente la naturaleza racional de los indios; por lo tanto, su capacidad y necesidad de ser cristianizados y aceptados como criaturas de dios; también, como consecuencia, su derecho a ser respetado como un ser libre y con facultades para ejercer el dominio sobre sus propiedades. Por tanto, los indios fueron declarados vasallos libres de la corona y sujetos al pago de tributos.

Pero las diferencias con los pueblos indios no se asumieron como un dato cultural, sino predominantemente racial. Quedaron sometidos a un régimen de tutela y protección. Se les prohibió la igualdad de trato con los españoles e incluso con las castas. Otros hechos discriminatorios se agregaron: no podían vestir traje de español ni tener caballos con silla y freno; tampoco armas.



Dibujos sobre las castas en Nueva España, aparecidos en Pedro Alonzo O'Crowley, *Idea compendiosa del Reyno de Nueva España*, Biblioteca nacional, Madrid, 1974.

13. Yndio y Miltaco, Lobo.



19. Yndio y Lobo, Canchuso.



15. Yndio y Miltaco, Coyote.



14. Yndio y Coyote, Vindio.

